

La crisis del Estado y la lucha por la democracia en América Latina

González-Casanova, Pablo

Pablo González Casanova: Pensador mexicano, autor de textos clásicos de la sociología, la antropología y la ciencia política latinoamericanas. Fue Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y ha sido docente e investigador en su país, EEUU y Europa. Dirige actualmente el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias de la UNAM.

La última crisis del Estado en América Latina ha ocurrido con el auge del neoliberalismo, más o menos desde 1980. En medio de ella, la lucha por la democracia sigue siendo, en última instancia, una lucha por el socialismo democrático, y la lucha neofascista o la de democracia limitada, sigue siendo una lucha por el imperialismo y por la reproducción ampliada y conquistadora del capitalismo. La lucha por la democracia social, nacional, de la mayoría contra la democracia neoliberal, transnacional y de minorías o élites políticas, parece haberse convertido en una lucha de primera importancia, con objetivos esenciales de tipo democrático, que se proponen en forma permanente y consustancial al nuevo proyecto histórico.*

Asistimos hoy a un nuevo movimiento de luchas por la democracia en América Latina. Esas luchas ocurren en medio de una crisis de proporciones mundiales. La experiencia y la novedad de la historia que vivenciamos, la forma en que vivimos la crisis en cada uno de nuestros países y sus continentes, los efectos inmediatos y los que pueden ocurrir en un futuro más remoto, son temas que exigen una reflexión en guardia.

Toda crisis implica una agudización de luchas y un reacomodo de fuerzas. Dicho de otro modo, toda crisis supone una «concentración de contradicciones», nacionales y de clase, políticas y económicas, ideológicas y represivas. Por lo general, concluye en fenómenos de conquista y liberación de territorios, en nuevas formas de participación y poder de unas clases o facciones a expensas de otras, en la instauración de sistemas políticos más democráticos o más autoritarios, más populares o

más oligárquicos, más proletarios o más burgueses; en fenómenos de expropiación, nacionalización y socialización de capitales o de mayor concentración del capital monopólico; en el surgimiento de nuevas formas hegemónicas de gobierno y persuasión de las masas, o en la aplicación de medidas sistemáticas represivas con «estados de excepción» permanentes.

Al plantear en esta crisis la lucha por la democracia, aludimos de manera directa a la lucha por un determinado sistema político, por un determinado régimen político. También aludimos de manera implícita o explícita a un determinado Estado. A reserva de hablar de las definiciones que los distintos grupos y clases dan de la democracia, parece necesario empezar por una definición relativamente simple del Estado, una definición que permita esclarecer las luchas actuales por la democracia en América Latina, y las definiciones conceptuales prácticas - o fácticas - de los regímenes políticos.

El Estado es el poder de disponer de la economía. Ese poder puede basarse en la persuasión, la coerción y la negociación, esto es, en la hegemonía o en la represión, y en la combinación de una y otra. El Estado dispone de aparatos y sistemas de coerción, persuasión y negociación. Tras él se encuentra una malla inmensa de relaciones entre territorios, naciones y clases. Estas últimas revelan ser altamente significativas. Su capacidad de decidir sobre el excedente económico y sobre la plusvalía de un territorio, de una nación y una población es muy grande. Sus relaciones con los aparatos estatales son relaciones nacionales y transnacionales, determinantes en la conducta de aquellos por la vía del mercado, la inversión el financiamiento. Los grandes propietarios el capital monopólico, la empresa transnacional tienen una influencia decisiva en las tasas de acumulación, en las tasas de explotación, en el uso racional del excedente, con variaciones determinadas en función del poder de empresas, nacionales y clases, así como de los propios aparatos estatales, de las propias instituciones sociales, políticas y administrativas de un Estado, que agrandan y que achican.

Los sistemas políticos, los regímenes políticos, sólo son parte de los Estados, y por ello exigen una diferenciación entre política y poder. Una parte muy significativa de la lucha por la economía queda al margen o está por encima de los regímenes políticos. Aunque haya una interacción entre unos y otros, cabe siempre distinguir la lucha por el Estado y la lucha por un sistema político, la crisis del Estado y la crisis de un sistema político.

De esta diferencia se desprende una primera reflexión atendible: la lucha por un sistema político no comprende toda la lucha, la crisis de un sistema político no supone necesariamente la crisis del Estado. Pero hay algo más: los sistemas políticos están determinados en «última instancia» por las estructuras del Estado, por las relaciones de poder que fijan las pautas de generación, transferencia y distribución del excedente o, dicho de una manera más precisa, de la plusvalía, de la explotación. Y uno se pregunta: si eso ocurre en última instancia, ¿pierden los sistemas políticos todo su significado? Lejos de ello, son significativos y a veces altamente significativos en primera instancia.

De 1800 a 1980

Las crisis del Estado en América Latina han ocurrido principalmente en torno de los años 1800, 1850, 1880, 1930 y 1959. La última ha ocurrido con el auge del neoliberalismo, más o menos desde 1980. En esas coyunturas puede determinarse la aparición de distintos tipos de Estados, el de las oligarquías regionales y los ejércitos acaudillados, el de las raquílicas burguesías comerciales y urbanas, el de las oligarquías asociadas al imperialismo naciente y los primeros ejércitos profesionales que empezaron a tomar posesión de los territorios nacionales, el de los caudillos populares o populistas, que establecieron una variedad de pactos con las capas medias e incluso con los obreros, pactos que derivaron en un auge de las burguesías nativas o nacionales y en la vinculación creciente de éstas con el capital monopolístico; o el de las dictaduras militares, producto de las intervenciones oligárquicas e imperialistas, y el del fascismo de la dependencia, el militarismo del Pentágono y los «estados de excepción», que obedecieron a la nueva estructuración del capital monopolístico transnacional y trans-industrial y a nuevas formas de reparto del excedente, concentración y reproducción del capital, articulación de mercados de bienes, servicios y dinero, apropiación y saqueo de recursos naturales, imposición de tasas diferenciales de plusvalía, monopolización de fuerza de trabajo cautivo, y exportación interna e internacional - en gran escala - de trabajadores manuales o intelectuales, todo combinado con una guerra interna contra el populismo y las liberaciones, que habría de culminar con el endeudamiento y la reconversión de los Estados a sus formas mínimas.

En todos esos casos, las crisis y cambios del Estado obedecieron a las luchas nacionales y de clases, con iniciativas antagónicas: del imperialismo, la oligarquía y la gran burguesía terrateniente e industrial, o de grandes movimientos campesinos, y de clases medias, en que contaron en forma radical las luchas de los trabajadores por la economía, el derecho, la política, el poder. Desde este último punto de vista,

la crisis y la evolución del Estado adquirió características nuevas desde que en Cuba triunfó la revolución socialista. Si con anterioridad ya se había planteado - a veces de manera extremadamente incipiente - la lucha entre dos sistemas sociales, la crisis del Estado no había sido nunca tan profunda en el terreno de los sistemas sociales. Se había limitado a la reestructuración en el reparto de la propiedad y el excedente dentro de un mismo sistema social, con mayor o menor fuerza del capital monopólico, de la antigua oligarquía terrateniente, de la gran burguesía local, o de las formaciones político-militares populares y populistas. Pero desde Cuba se planteó una crisis que presenta una «concentración de contradicciones» entre propietarios y no propietarios de los medios de producción al nivel del sistema social mismo. Y esa crisis tendió a agrupar otras luchas - otras contradicciones - como la lucha nacional y la lucha por la democracia. Una y otra se enriquecieron con la breve experiencia de un camino político al socialismo democrático, que en Chile fue cancelado con una agresiva política de desestabilización y golpe de Estado; y desde 1979 han cobrado una especial originalidad por la Revolución Sandinista y su intento de imponer una democracia del pueblo con pluralismo religioso, político e ideológico, y con economía mixta.

Pero si durante un tiempo la crisis del Estado en América Latina pareció presentar de manera evidente la lucha entre dos clases y tipos de naciones, la clase trabajadora y los Estados socialistas, y las burguesías y oligarquías negociantes de los Estados capitalistas, por la participación y el poder de las clases proletarias o de las propietarias, esa lucha de última instancia tendió a ser mediatizada por otra que no sólo es entre los regímenes democráticos y los represivos, sino entre los regímenes de «democracia limitada» y los regímenes de democracia con poder del pueblo.

Así, si la lucha por la democracia sigue siendo en última instancia una lucha por el socialismo democrático, y la lucha neofascista o la de democracia limitada sigue siendo, en última instancia, una lucha por el imperialismo y por la reproducción ampliada y conquistadora del capitalismo, la lucha por la democracia social, nacional, de la mayoría contra la democracia neoliberal, transnacional y de minorías o élites políticas, parece haberse convertido en una lucha de primera instancia, con objetivos esenciales de tipo democrático, que se proponen en forma permanente y consustancial al nuevo proyecto histórico.

La lucha por la democracia en América Latina ha estado ligada a la lucha por la independencia, por la justicia social, y por el poder, por el Estado. Pero también se ha visto desligada de esas luchas. Hoy interesa considerar la historia de cómo la lucha por la democracia ha estado desligada y de cómo se ha ligado, no sólo a la lucha

por la cuestión nacional y popular, sino social, socialista y socialdemócrata; de cuál ha sido la estructura y el movimiento de las uniones, los bloques, las alianzas, con sus problemas de desunión, de enfrentamiento, de fragmentación, de facción, de capilla, de tribalización populista, comunista, socialdemócrata, democrática, religiosa. El estudio conjunto del movimiento y de los movimientos conjuntos es tanto más importante cuanto hoy parece abarcar toda la gama de luchas - incluida la de los sistemas sociales - y todo tipo de fuerzas que viven una concentración de contradicciones, más o menos unidas o dispersas, incluidas las religiosas, y las que en el pasado se enfrentaron «mortalmente», mientras hoy parecen acercarse con la teología de la liberación, la perestroika de Gorbachov y el antiimperialismo socialdemócrata de que fue pionero Olof Palme.

Distintas crisis, distintos resultados

La previsión del problema puede intentarse de otro modo. Las crisis del Estado en América Latina han derivado en distintos tipos de sistemas políticos y en distintos tipos de Estados. Hoy no sólo tienden a derivar en distintos tipos de sistemas sociales, sino que no se limitan a una mera reestructuración de la lucha por la democracia o de la lucha por el poder; buscan un cambio cualitativo tanto de la democracia como del Estado. Ese es el hecho nuevo. En el pasado se advierte cómo a las crisis de reestructuración del Estado dentro del capitalismo sucedieron distintos tipos de sistemas políticos. Y estos fueron a veces primeras instancias para la reestructuración del Estado, dentro del capitalismo, hasta Cuba, donde el sistema político y la lucha contra la tiranía fue la primera instancia de una lucha por otro sistema político, por otro Estado y por otra sociedad, el socialismo. Hoy, aparte de ese camino, parece darse uno más, por un pluralismo ideológico y político de un poder popular real, que eventualmente lleve al socialismo y a una democracia socialista plural y antiimperialista.

En la América Latina del siglo XIX la crisis del Estado oligárquico tradicional derivó en sistemas políticos parlamentarios y democráticos muy limitados, hegemonizados por Jefes de Estado con grandes poderes en el terreno político e ideológico. La crisis del Estado oligárquico con enclaves imperialistas derivó en sistemas políticos de democracia oligárquica y en gobiernos populistas o populares relativamente efímeros. La crisis del Estado oligárquico-burgués de creciente influencia monopólica, derivó en regímenes parlamentarios o en populismos más o menos movilizantes. La crisis del Estado transnacional o del fascismo de la dependencia está derivando nuevamente hacia regímenes de democracia limitada con todas sus variantes y dos acontecimientos extraordinarios: Cuba y Nicaragua. En el caso de

Cuba, derivó en el socialismo, en un Estado de base trabajadora, con sistema político de «ciudadanos armados». En el caso de Nicaragua - un país donde se combinaron todas las formas opresivas del Estado -, ha derivado hacia un sistema político todavía en gestación, en el que pesa la lucha del gran movimiento popular y patriótico dirigido por el Frente Sandinista de Liberación Nacional, en un tiempo en que entra en crisis el socialismo autoritario, y en que la Unión Socialista se plantea la lógica de la «sobrevivencia» por encima de la lógica de la hegemonía de las grandes potencias.

En todo caso, una mirada retrospectiva confirma que la crisis del Estado deriva en distintos sistemas políticos y que éstos se suceden concretamente en cada país según las coyunturas de la lucha, sin que necesariamente cambie el Estado. No podemos ir aquí hacia una especificación del proceso en cada país, en cada Estado. Queríamos destacar, en cambio, que en medio de una de las crisis más agudas del Estado endeudado y de la sociedad subdesarrollada de América Latina, «informal» y «subterránea»; en medio de una crisis estructural y «sistémica» del mundo capitalista y del propio mundo socialista, que tiene las más altas probabilidades de acentarse en los próximos años, y por lo menos en el fin de siglo, en esas condiciones y con esos pronósticos seguros, tras tantas experiencias de lucha e incluso con una conciencia relativamente rigurosa de las mismas, una enorme cantidad de fuerzas populares y revolucionarias ha colocado en un primer plano de la escena política latinoamericana la lucha por la democracia, y por la democracia con poder.

¿Qué significa esa lucha? ¿Cómo se puede caracterizar? ¿Cómo ha evolucionado en sus pasos recientes y cuál es su movimiento histórico probable? Tales son algunas de las cuestiones que se plantean.

La lucha por la democracia; sentido y movimiento

El término democracia es extremadamente ambiguo. Se presta a que sea enarbola-do por las fuerzas más contrarias. Así, hoy, las propias clases dominantes, los propios centros de hegemonía imperialistas, incluso grupos e individuos cuyo comportamiento se caracteriza por el autoritarismo y la represión, hablan de democracia. La contradicción entre sus palabras y su conducta es obvia, chocante. Pero no es la única contradicción. La definición del concepto democracia es distinta de la que sostienen las fuerzas populares y revolucionarias. Los conceptos son incluso antagónicos.

Hay algo más, sin embargo. Las propias fuerzas populares y revolucionarias tienen los más variados conceptos de la democracia. Ello se advierte en sus debates internos, bien conocidos, familiares. Uno de los debates más significativos es el que ha distinguido a dos grandes sectores partidarios de la lucha por el socialismo en América Latina: un amplio sector ha sostenido que es necesario dar la lucha por la democracia para acercarse a la lucha por el socialismo; otro, que es necesario plantear directamente la lucha por el socialismo, marchar directamente hacia la revolución socialista. En el acerbo debate, los grupos que claman por seguir un camino directo han llegado a pensar y sostener que el proyecto de lucha por la democracia es un proyecto predominantemente burgués. Han invocado los textos de la Trilateral y muchos documentos, declaraciones y medidas democráticas emitidos por las clases gobernantes de América Latina, o por voceros del liberalismo, la socialdemocracia, la democracia cristiana y las nuevas formas del populismo, para confirmar su desconfianza. Las otras fuerzas les han contestado que es necesario dar esa lucha como propia y como parte de una larga y compleja batalla por la nueva sociedad, por un socialismo con profunda participación del pueblo en la toma de decisiones. Elucidar el problema ha sido una de las tareas más importantes del pensamiento político y de las ciencias sociales de América Latina en las últimas décadas y, sobre todo, en los últimos años. Su profundización ha exigido reparar exactamente en un sin número de puntos que el discurso retórico sobre la democracia generalmente descuida, lo que impide desentrañar las verdaderas diferencias que van de una democracia a otra y lo que lleva a repetir el mismo debate con las mismas palabras y calificativos en una especie de círculo vicioso. Algunos de esos puntos han sido objeto de particular esclarecimiento, aunque requieren siempre una especificación cada vez más rigurosa:

1. El imperialismo y las clases dominantes de América Latina no tienen una sola política - para el caso, la de la democracia -, sino dos o más políticas: una que corresponde a sus proyectos democráticos, por limitados que sean, y otra represiva. Una relacionada con la preservación o restauración de los regímenes constitucionales, de los derechos humanos y los sistemas electorales, y otra que corresponde a una lucha violenta, ésta a su vez dividida en lucha «convencional» - abierta - y lucha «no convencional» - encubierta. De tal modo que es falso pensar que las clases dominantes tienen una sola política: la democrática de la Trilateral, la que Reagan dijo alentar en los últimos años como presidente, la que defienden los neoliberales y tecnócratas latinoamericanos. Todos tienen por lo menos dos políticas, la de la democracia, y la de sus limitaciones sociales y políticas, la represiva. Por lo que a la izquierda latinoamericana se le plantea un problema real: si aquí, en éste o aquél país, acepta una política de democracia limitada o si la rechaza, en forma de de-

nuncia, de abstención, de desobediencia civil, de resistencia múltiple, de guerra popular, insurreccional; con las varias combinaciones de éstas. Una tercera opción de la izquierda, que fuese contraparte de la «doble política» dominante, es más difícil de llevar a la práctica. Es difícil, o más difícil que una misma organización sostenga a la vez una política de «brazo armado» y una política democrática, aunque el fenómeno se observa cada vez más, y las organizaciones en guerra - como en El Salvador, en Guatemala buscan tener un brazo pacífico, legal, que encuentre nuevas formas de diplomacia, de negociación, de pacificación, que obliguen a reconocer el poder del pueblo y de los grupos armados que lo representan, hasta reconocer la necesidad - política y militar - de un nuevo tipo de democracia con poder del pueblo. Si bien esta opción no se da en muchos lugares y momentos, parece destinada a encontrar soluciones negociadas de democracia y revolución. Pero en general, la izquierda continuará dividida en fuerzas partidarias de la lucha política, sindical, legal, y en fuerzas que vivan en la ilegalidad, que se vean obligadas a luchar en ella y que opten por ella. Dado el carácter limitado del «país legal», en América Latina, lo más probable es que continúen estas divisiones de la izquierda, y que adquieran incluso el carácter de enfrentamientos internos agudos, hasta en tanto una de ellas no imponga su hegemonía - como el Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua, o el Farabundo Martí en El Salvador - en cuyo caso se producirán fenómenos inusitados de unidad en las dos izquierdas y sus varias facciones - como en Nicaragua y como en El Salvador.

El problema será más difícil - o imposible de resolver - si las fuerzas insurrectas practican una política de hostigamiento y terror contra los propios cuadros políticos de la izquierda, como Sendero Luminoso en Perú.

En cualquier caso, si es falso que las clases dominantes sólo tienen una política, también parece irreal pensar que la izquierda tenga sólo una táctica. Las posibilidades concretas de la lucha democrática en cada país determinarán el que predomine la izquierda política y legal, o la perseguida, ilegalizada, reprimida y de quienes opten por responder con la violencia revolucionaria. No es un problema de cálculo de probabilidades o posibilidades. Cada tipo de fuerzas las evaluará luchando, y tenderá a calcular más las legales en la lucha legal, mientras observa la difusión de las otras, o participará en las acciones insurgentes, mientras toma nota de las cívicas y políticas. Sólo en ciertos momentos adherirá a la táctica de la otra, como los tupamaros al Frente Amplio o los terceristas al Frente Sandinista. Pero en general, la izquierda vivirá una diferencia estructural, una polémica difícil de evitar en los países más represivos de América Latina, y en los movimientos que no han determinado los costos de una y otra lucha basados en la propia experiencia.

2. Ante esas evidencias parece necesario considerar un segundo punto. ¿Cómo plantean las fuerzas populares y revolucionarias - en sus lineamientos más generales - la lucha por la democracia? Aquí se muestran varias corrientes que parece necesario distinguir. Corresponden a formaciones y objetivos subyacentes en cualquier lucha popular por la democracia. Esas corrientes, o formaciones, son de tres tipos principales: a) La de quienes luchan por la democracia como ciudadanos, en torno de objetivos mínimos, como mantener o recuperar las formas legales, los regímenes constitucionales, los derechos humanos, los sistemas de partidos políticos, los sistemas de sufragio popular. Esa es una gran corriente, una formación significativa. Pero hay otras dos: b) La de quienes luchan en el terreno del trabajo, y plantean problemas relacionados con la democracia sindical, o por la defensa e incremento de salarios y prestaciones. Esta formación presiona sobre la anterior. Además, tiene su propio campo de desarrollo, que va desde los centros de trabajo y las luchas de los trabajadores como asalariados, hasta planteamientos más globales, con medidas de cambios de estructuras, o proyectos de cambio del sistema social; esto es, con medidas de cuatro tipos principales:

- i) De aumentos salariales y prestaciones
- ii) De modernización del capitalismo, de sus regímenes de negociación sindical, de modernización tecnológica, de reforma fiscal.
- iii) De cambios de estructuras, con creciente importancia de la propiedad social y no sólo de la pública, y con varios modos de aumentar la participación económica, política y cultural de las masas en el Estado, y no sólo del Estado en la economía. Y finalmente,
- iiii) Las que plantean una revolución social, con expropiación de los medios de producción y gobierno efectivo de los trabajadores, con control electoral de los representantes bajo una democracia plural, política y social de amplia participación popular en el gobierno, la sociedad civil, la producción, y los aparatos del Estado. A esas dos grandes corrientes, que se combinan y articulan - la del frente democrático y la del frente del trabajo -, se añade una más, altamente significativa:

c) La que plantea la lucha por la independencia nacional, la lucha por el territorio de un pueblo (o ciudadanía) soberano. Esta corriente, que es una de las más antiguas, y que originalmente se manifiesta como lucha por la tierra - lucha de campesinos por el terruño, de habitantes por la nación - en nuestro tiempo sigue siendo fundamentalmente válida; pero es cada vez más compleja, sobre todo, desde que el neocolonialismo llegó a dominar un territorio a través de intermediarios nativos - conservadores y populistas -, con políticas de dominación transnacional, económicas, militares, gubernamentales, culturales. Por eso, la liberación nacional se plan-

tea - a la vez, o casi al mismo tiempo - como liberación democrática, como mayor participación práctica y orgánica del pueblo trabajador en la economía, en la política, en la cultura, en el Estado; como mayor independencia del Estado respecto al capital monopólico - interno y externo - y respecto a otros Estados, o como «desconexión» de la lógica capitalista y del mercado del capitalismo, esto es, como revolución popular y nacional, democrática y socialista, que elimina o subordina al gobierno transnacional con sus fuerzas, sus empresas y mercados, para organizar la economía de transición de «la mayoría», mixta, privada, pública, social.

3. Las tres grandes corrientes, los tres grandes frentes - el democrático, el de los trabajadores y el nacional - con sus distintos niveles de profundidad, tienen obvias relaciones entre sí, ya porque una corriente asuma o pretenda asumir todas las luchas, ya porque se unan corrientes y frentes para un proyecto común, ya porque al plantear una lucha sin levantar las otras, éstas vayan apareciendo y las fuerzas se vayan sumando contra un enemigo común (cuyo comportamiento por cierto habrá de cambiar conforme se unan), ya, en fin, porque se enfrenten y luchen entre sí, en divisiones bien conocidas de liberales, laboristas, nacionalistas, socialdemócratas, socialistas, comunistas...

Lo que queremos destacar ahora es que cualquier lucha por la democracia plantea las demás luchas. Cualquier lucha por la democracia se define, en los hechos, definiendo a sus partidarios y enemigos en el orden político y en la lucha de clases, en la lucha contra la explotación interna y externa, nacional y transnacional.

4. El proyecto democrático de las clases dominantes muestra una gran variedad de definiciones, en relación a los problemas del trabajo y la propiedad, de la explotación y el excedente, y en relación a los problemas del Estado-nación, y las fuerzas privadas, las empresas, la política económica y financiera. El proyecto principal y más conservador es el que da algunos pasos efectivos en la implantación de un régimen democrático, sin la menor intención de conceder nada en el orden del trabajo y menos en el de la propiedad y el excedente. La política neoclásica, neoliberal, se sigue aplicando «democráticamente» en el terreno de la deuda externa y sus servicios, en la reorientación de la producción para el mercado externo y la agricultura de exportación, o en el aliento a las maquilas y las empresas transnacionales con alta densidad de capital y poca generación de empleo, o en la reestructuración de las importaciones con contracción de las importaciones de bienes de capital supuestamente destinadas a reducir el déficit de la balanza de pagos, y ampliación de la dependencia alimentaria y los productos básicos, supuestamente alentados para aprovechar la «eficiencia relativa internacional» y el mayor producto marginal de

las grandes potencias, o en la política monetaria que sobrevalúa el dólar para estimular las exportaciones, o en la restricción del gasto social para disminuir el equilibrio presupuestal, o en la privatización y desnacionalización de las empresas que buscan acabar con la corrupción e ineficiencia del sector público. Por supuesto, semejante democracia no sólo «moderniza» y reestructura las relaciones de trabajo, sino las relaciones de los Estados-nación en sus conexiones de dependencia con los centros financieros como el Banco Mundial y el FMI, o con los centros comerciales, tecnológicos y militares, desde el GATT hasta el Pentágono. Su carácter, por demás limitado, no le hace perder del todo una cierta importancia que tiene, frente a los regímenes represivos e inconstitucionales, pero la superficialidad de la lucha política y su carácter efímero o puramente teatral-democrático parecen comprobables.

5. El bloqueo o eliminación de toda alternativa a esa democracia es una de sus características. Cualquier medida importante de justicia social y de independencia económica tiende a ser tachada, no sólo de subversiva, o de comunista como en el pasado, sino de populista y corrompida, y también de anticuada e ineficiente. Si a raíz de la Segunda Guerra Mundial, los precarios procesos de democratización de la posguerra derivaron en la llamada «Guerra Fría» en que se llegó a acusar de comunista cualquier lucha por la justicia social y la independencia nacional, hoy el proceso de intimidación tiene un alcance mayor y busca que cualquier movimiento por una democracia, que intente resolver el problema social y nacional, organizando el poder de los trabajadores y los pueblos, pierda su identidad e internalice los propios valores neoliberales y de la «libre empresa», como los que corresponden al mejor proyecto de civilización, e identifique el concepto de eficacia de los empresarios privados con el paradigma de la eficacia humana.

6. Aquí se plantea una limitación grave del proyecto democrático-conservador. Pretende que haya democracia sin justicia social, sin liberación nacional. Pero no es ésa, por grave que parezca, su única limitación. El proyecto conservador llega a plantear un sistema democrático en que no haya derecho a escoger, en que las grandes opciones de nuestro tiempo, entre socialismo y capitalismo, o entre gobierno democrático popular y democracia de mercaderes, no se den ni siquiera a nivel electoral, y que en las elecciones se limiten a elegir a los grupos de las clases gobernantes que muestren tener mayor apoyo en las urnas semiviciadas.

En los últimos cincuenta años, la mayor parte del tiempo, en la mayor parte de los países, los partidos comunistas y socialistas - pero sobre todo aquéllos - han vivido en la semilegalidad o en la ilegalidad. Muchos demócratas de tipo ultraconservador y maccarthista proponen un sinsentido colosal: que las opciones reales de

nuestro tiempo no se libren en el terreno legal, no se expresen en forma de partidos legales, que sus partidarios no tengan derecho a luchar en las elecciones, el Congreso y otros puestos de representación popular, o que si luchan y ganan no se los reconozcan los triunfos. Esa es la aberración máxima, el proyecto de democratización más iluso: que los ciudadanos no puedan escoger entre los partidos socialistas o comunistas y los partidos conservadores y liberales, entre los partidos populares y los partidos oligárquicos, entre los partidos «obreros» y los partidos «burgueses», entre los partidos nacionalistas y los partidos anexionistas. Lo increíble es que ese sinsentido, en la década de los 80 se ha vuelto una realidad que va más allá de la ley anticomunista y de la violencia contrarrevolucionaria. La clase obrera ha perdido su «centralidad», los comunistas han perdido su identidad, los nacionalistas han perdido su seguridad, los populistas han perdido su retórica. Pero esa eliminación ideológica de la alternativa, parecer haber fortalecido y asegurado una nueva opción entre una democracia sin poder del pueblo y otra con el pueblo en el poder. Los conservadores tampoco aceptan la nueva alternativa y se niegan a la «alternancia».

7. Todas las circunstancias anteriores plantean un grave problema a las fuerzas democráticas populares. No pueden éstas, por más que quieran, luchar por una democracia tan excesivamente limitada en sus efectos sociales y nacionales.

A las fuerzas democráticas y populares no les puede interesar una democracia que no resuelva - así sea en parte - el problema social y el problema nacional. Si les interesara, ni podrían ser efectivas, ni podrían ser populares. Elegidas por el pueblo, no le servirían al pueblo, y serían abandonadas por éste, o derrocadas por la oligarquía, el imperialismo y la reacción, que aprovecharían el descontento del propio pueblo, para sus políticas de «desestabilización» de los gobiernos irresponsables y demagógicos.

8. Si los hechos anteriores son ciertos - y nada parece indicar lo contrario -, entonces las fuerzas democráticas de base popular, de base trabajadora, de base nacional tienen que plantearse desde el principio un proyecto que abarque las principales etapas de la lucha y que parta de un esfuerzo de unión o alianza de todas las corrientes divididas, en la inteligencia de que esas fuerzas, esas mismas alianzas, se habrán de configurar tomando en cuenta ciertas experiencias universales y ciertas condiciones concretas, en materia de frentes y en materia de clases. Es lo que está ocurriendo con gran parte de las fuerzas populares, sindicales, nacionales y revolucionarias de América Latina que han puesto en un primer plano la lucha por la democracia. Se plantean una lucha, un movimiento, por la democracia. Esa lucha va

de la política al poder, de la cuestión constitucional (por la legalidad) a la cuestión nacional y a la cuestión social, en respuestas y profundizaciones sucesivas, en que estratégicamente se responde, aunque tácticamente a veces sólo se responda y otras se tome la iniciativa antes de esperar el ataque. Es una lucha que va de la política de partido o de frente electoral a la de frente sindical, a la de frente nacionalista, y a una política de pueblo y de clase, de movimiento que plantea: a) demandas democráticas y económicas de los trabajadores y campesinos, en cuanto a sus sindicatos y organizaciones, sus retribuciones y sus tierras; b) demandas de intervención del pueblo en el Estado y del Estado en la economía, con estímulo al sector social y control del privado; c) demandas de incremento de la propiedad social y del producto social, de la propiedad nacional y el excedente, en que no sólo se busca cambiar las relaciones de propiedad, sino las de dominación y también las de acumulación, explotación y uso del excedente para fines de reproducción ampliada y sociales; d) demanda de medidas macroeconómicas y directas, para la producción de bienes de consumo popular; e) demandas de independencia nacional, financiera, económica, política, militar, en la comunicación y en la cultura; y f) demandas de poder democrático, obrero y popular, con autonomía de clase y también con autonomía y pluralismo ideológico y político, lo cual supone sistemas electorales en que se legalice la lucha ideológica y política por la transición y el socialismo, con la formación de núcleos o centros de poder popular, urbano y rural, de pobladores y campesinos, llámense «cordones», consejos, comités de defensa, etc., y la de universidades autónomas y centros de pensamiento crítico, en que la disciplina intelectual tenga todo el derecho de ser distinta de la disciplina de partido.

Estos planteamientos aparecen como necesarios, inevitables, pero hasta ahora no se dan a modo de ideologías o sistemas filosóficos, sino con una cierta diversidad, que puede deberse a su carácter incipiente, o ser consustancial a la naturaleza misma de sus protagonistas, tan heterogéneos como el pueblo, y de movimientos populares y sociales que organizan la lucha democrática más en el terreno de la cultura que de la ideología, como si la democracia emergente fuera más una forma de vivir y dialogar que una limitada sólo a pensar y ordenar.

El frente y la clase

El caso es que la lucha popular por una democracia sin justicia social y sin independencia nacional no tiene sentido; por eso no tiene visos de lograr nada o de durar nada, mientras la lucha por una democracia con justicia social, y por una democracia con independencia nacional, tiene altas probabilidades de convertirse en la

nueva alternativa histórica, y por eso, también de ser perseguida. Las fuerzas populares y democráticas más conscientes saben que al forjar la lucha política, tarde o temprano, tendrán que plantearse la lucha por el poder, y que al forjar la política de frentes amplios, tarde o temprano, se planteará en ellos la política de clase; se agudizará en el propio frente, en el interior del frente, la lucha de clases, lo cual no quiere decir que desaparezca por eso la política de frente, sino que ésta se moverá cada vez más en torno de una lucha por la democracia y la liberación, cuya base social principal será el pueblo trabajador, con auxilios de todos los grupos y organizaciones, que centren sus fuerzas y objetivos en los ciudadanos que gobiernan y en los hombres y mujeres que trabajan.

El paso de la política de frente a la política de clase, y de la política de clase a la de frente, está determinado por las condiciones concretas de la lucha contra la explotación del salario, contra las transferencias de la inflación, y las de la deuda externa, y contra el autoritarismo que predomina en las formaciones políticas de cada país. También está determinada por la amplitud o constricción de las luchas legales en cada país. Así, al carácter universal de una política que no puede ser de frente sin ser de clase, o de clase sin ser de frente, se añaden variaciones puntuales que cambian mucho, según la articulación o desarticulación de partidos y sindicatos, las formaciones y prácticas políticas del Estado y la oposición, las formaciones y prácticas económicas del Estado y el capital monopólico, el peso del «país legal» - o del ilegal -, esto es, según los símbolos e ideologías de la práctica política legal e ilegal, electoral, parlamentaria, judicial, religiosa. El conjunto de movimientos cambia también, según sea la lucha contra las intervenciones militares y represivas, directas e indirectas, abiertas y encubiertas, de ejércitos y cuerpos de seguridad extranjeros y sus delegados nativos, y la presencia de militares democráticos con sentido popular, nacionalista, e incluso socialistas.

Todos esos y varios elementos más, hacen bien distinta la lucha por la democracia, en un área relativamente homogénea - como Centroamérica y Panamá - cuanto más en la América Latina; pero las fuerzas democráticas del pueblo enfrentan a un enemigo común de todo proyecto democrático, a los círculos más reaccionarios del imperialismo norteamericano y de las burguesías latinoamericanas. Todas ellas viven la lógica de una política de frentes amplios, que por etapas plantea la política de clase, desde el comienzo, hasta el fin del proceso, a sabiendas de que con distintos comienzos y distintos puntos de arribo, es y será precisamente la lógica del frente o el movimiento, y de la clase y los partidos del pueblo trabajador y la nación y sus fuerzas, la que determine hasta dónde se llegue, como ocurre hoy en Nicaragua y ocurrirá en el futuro en toda América Latina.

La ciencia social, la ciencia política latinoamericana, el intelectual comprometido con las luchas por la democracia, los trabajadores y la liberación, perderán toda posibilidad de influir en el proceso precisando su historia y movimiento, si no analizan la doble dialéctica del frente y la clase, con sus variaciones concretas de cada país y momento. Dialéctica difícil en el concepto, dialéctica que se pierde en frentes ilusos o en clases aisladas, cuando no sabe pasar de la lógica de la unidad política de las fuerzas populares, a la lógica de la unidad revolucionaria centrada en el frente del trabajo y de los ciudadanos que viven o quieren vivir de su trabajo; y el problema es no menos significativo en el orden de las decisiones políticas. La lógica de unir fuerzas, en que el político es sólo el que une fuerzas, se combina con la lógica de unir, a las fuerzas ya organizadas, una gran cantidad de masas que todavía no están organizadas, y de ligar cada vez más las fuerzas organizadas y sus estructuras de liderazgo a la suerte del trabajador integrado al pueblo. La hegemonía del frente se gana en una lucha por incluir a las masas que no están en las organizaciones que forman parte del frente; se pierde si una de las organizaciones del frente hace su tarea principal el quitarle miembros y autoridad a las demás organizaciones del frente. La unión en ascenso del frente es unión del pueblo antes desunido y antes desorganizado en el frente, de modo que la triple lucha por la democracia, el sindicalismo y la liberación, se conviertan en una sola gran fuerza del ciudadano, el trabajador y la nación, que según las coyunturas concretas irá llevando hacia nuevos puntos de acuerdo y ruptura, en un largo y complejo proceso histórico, que conducirá en última instancia a la democracia en el socialismo.

*El autor actualiza en este ensayo, preparado especialmente para NUEVA SOCIEDAD, los conceptos desarrollados en un texto anterior (1979), con las variantes que se dan al final de la década de los 80.